

Los franciscanos y la representación del territorio en Filipinas entre los siglos XVII y XIX

The franciscans and the representation of territory in the Philippines between the 17th and 19th century

Pedro Luengo Gutiérrez

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Sevilla

Resumen: El Archivo Franciscano Ibero-Oriental cuenta con una importante colección de mapas y planos referentes al archipiélago filipino que no habían sido tenidos en cuenta hasta ahora. Su extensión cronológica y topográfica lo convierte en un fondo de gran interés para el estudio de la representación territorial en Filipinas, especialmente desde el punto de vista de las órdenes religiosas.

Palabras clave: arquitectura, mapas, cartografía, volcanes.

Abstract: The Franciscan Ibero-Oriental Archive has an important collection of maps and plans of the Philippine archipelago that have not been taken into account until now. Its chronological and topographical extension have made it a collection of great interest for the study of territorial representation in the Philippines, especially from the point of view of the religious orders.

Keywords: architecture, maps, cartography, volcanos.

I. Introducción

Filipinas fue desde su fundación un territorio fuertemente controlado por las distintas órdenes religiosas, en primer lugar agustinos y tras ellos franciscanos. Fueron los frailes los que se internaron en las distintas islas en busca de aumentar el número de adoctrinados. Para administrar esta red, fue fundamental desde el principio articular buenas vías de comunicación que fueran avanzando con la frontera misional, lo que conllevó un gran interés por la confección de mapas de representación territorial que facilitaran la labor a los nuevos misioneros y la planificación desde Manila (Cruikshank, 2003 y Huerta, 1865).

La organización misional de los franciscanos se realizaba a partir de provincias, siendo la de San Gregorio la que englobaba todo el archipiélago. Las provincias se dividían en custodias que agrupaban una serie de doctrinas. Dentro de estas, los frailes realizaban las visitas a establecimientos poblacionales de menor tamaño. De esta forma, la escasa presencia española en el archipiélago era eficiente en el adoctrinamiento de los naturales. Este sistema hacía de los frailes unos grandes conocedores del terreno, información indispensable para el que los sustituía.

Muchos de estos mapas son fruto de la situación de frontera que suponía el interior de la isla de Luzón y aún más el resto de las islas del archipiélago. Para los misioneros recién llegados a Filipinas, el antecedente inmediato sobre la administración de un territorio fronterizo era México, por lo que es perentorio analizar sumariamente su situación. A los franciscanos mexicanos les correspondió Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo León, Coahuila, Texas, Tamaulipas y Nuevo México. La actividad en esta zona se dirigió desde la provincia de San Francisco, con sede en Zacatecas. Para ello, ya desde comienzos del siglo XVII los mismos franciscanos abogaron por la constitución de lo que se llamaría Camino Real de Tierra Adentro. El territorio del amplio septentrión mexicano difiere en muchos sentidos de lo que los frailes se encontrarían en Filipinas. Del desierto y la escasez de población mexicana, pasarían a la selva y numerosos enclaves de población del archipiélago. Esto puede explicar que los mapas producidos en Filipinas no se centren en los mismos elementos, aunque sí que evidencien la continuación de una tradición de factura. En esta línea debe destacarse también la colección de mapas franciscanos conservados en la Real Academia de la Historia en Madrid (AA. VV., 1992). Un buen número de ellos están datados en 1786 y corresponden a distintos territorios del virreinato del Perú, siendo realizados por fray Pedro González de Agüeros. El interés reside primero en su vinculación con la orden y en la fecha. Efectivamente, el virreinato del sur no tenía la relación con Filipinas que tenía Nueva España, pero es posible ver la propensión de los frailes por crear representaciones territoriales de zonas de difícil acceso.

Además de franciscanos, hay que destacar que las últimas investigaciones han demostrado este lógico interés en otros religiosos, como los de la Compañía de Jesús, también en Filipinas. Conservaban en su archivo en el momento de la expulsión de las islas una pequeña colección de mapas y representaciones del territorio que hace de los documentos del Archivo Franciscano Ibero-Oriental (AFIO) un conjunto representativo de los que debían tener las casas provinciales de Manila y que hoy se encuentran en paradero desconocido.

II. Mapas del Archivo Franciscano Ibero-Oriental (AFIO)

Antes de comenzar con el análisis de la colección de mapas, es necesario abordar ligeramente los fondos del AFIO. Tiene su origen en el convento de San Francisco de Manila donde se fueron acumulando documentos de importancia histórica para la provincia de San Gregorio y que iban desde la propia Filipinas hasta China y Japón. El Archivo ha sufrido a lo largo de su historia numerosos traslados que seguro han afectado a sus fondos. En algunos momentos, como a mediados del siglo xviii, se encontraba disperso en tres localizaciones distintas: en el propio convento de Manila, llamado tradicionalmente «el archivo de la escalera», en el cercano convento de Dilao y en la celda del procurador general que solía estar en el convento de Manila. Ya en el siglo xx los fondos viajarían a España, en concreto a Pastrana (Guadalajara) y más tarde a Madrid, donde se encuentran en la actualidad, no sin pasar por distintas ubicaciones.

Los mapas conservados en el AFIO pueden dividirse en tres grupos. Un primer grupo de mapas de territorios fuera de Filipinas, todos ellos hispanoamericanos; un segundo grupo que muestra los problemas de delimitación de tierras en zonas de clara presencia franciscana, como eran los propios alrededores de Manila, y, por último, un tercer grupo que aborda los desórdenes provocados por los volcanes a lo largo de los siglos xviii y xix. La importancia de estos accidentes geográficos tiene una fácil explicación ya que en el archipiélago son los verdaderamente peligrosos para establecer las doctrinas y visitas. Los ríos, muy especialmente representados en todos ellos, son a su vez el medio de transporte tradicional, mientras que los volcanes suelen considerarse lugares de especial veneración para las comunidades locales.

Primer grupo

En el primer grupo hay que integrar todos aquellos conservados con la signatura 293/3-2. Todos parecen estar relacionados con la labor franciscana en la zona del Gran Chaco llevada a cabo desde el convento de San Francisco de Tarija (Bolivia). La presencia de un mapa autógrafa de José Paz Guillén, expedicionario autor del libro *A través del Gran Chaco* en 1883, no es más que la prueba del interés de los frailes en controlar de nuevo la zona (Paz Guillén, 1883). Los colegios de Potosí y Tarija avivaron su actividad misionera en la zona a finales del siglo xix. En esta época el número de doctrinas y reducciones aumentó en la zona, lo que seguramente provocó la necesidad de realizar nuevas representaciones del terreno. Por no tratar del territorio filipino, excediendo los objetivos del presente estudio, se dejará para un estudio pormenorizado en el momento adecuado.

Segundo grupo

En el segundo hay que incluir por orden cronológico un total de trece documentos. Los dos primeros (93/52-3) son mapas muy rudimentarios de los alrededores de Saryaya y Camalig. Deben analizarse de forma conjunta, ya que parecen ser de la misma mano e incluso es posible que perteneciesen a un mismo documento, ya que comparten la misma signatura. Están escritos mayoritariamente en tagalo, aunque también se encuentra alguna nota en castellano. Lo sorprendente de ellos es que, con todas estas características, sean probablemente los dos mapas más antiguos conservados en el Archivo estando en el marco que va desde principios del siglo xvii al año 1632. En el mapa referente a Camalig, un establecimiento franciscano muy alejado de Manila, ya en Camarines, la iglesia del pueblo está levantada claramente en nipa, cuando, según Huerta, en 1605 se consiguió la licencia para levantarla en piedra. Saryaya,

por su parte, fue fundada por los franciscanos en 1582, dedicando la iglesia a santa Clara. El templo se levantó de madera y no fue hasta 1631, una vez trasladado el pueblo junto al río Cayanuang, cuando se le cambió la advocación a san Francisco y se hizo de piedra. Así aparece en el presente mapa, mucho antes de que la erupción del Banajas en 1703 obligara el segundo traslado del establecimiento. De hecho, Saryaya aparece como *bayong nang Saryaya*, por lo que había recuperado la condición de pueblo perdida en 1605, pasando a formar parte de Tayabas (figs. 1 y 2).

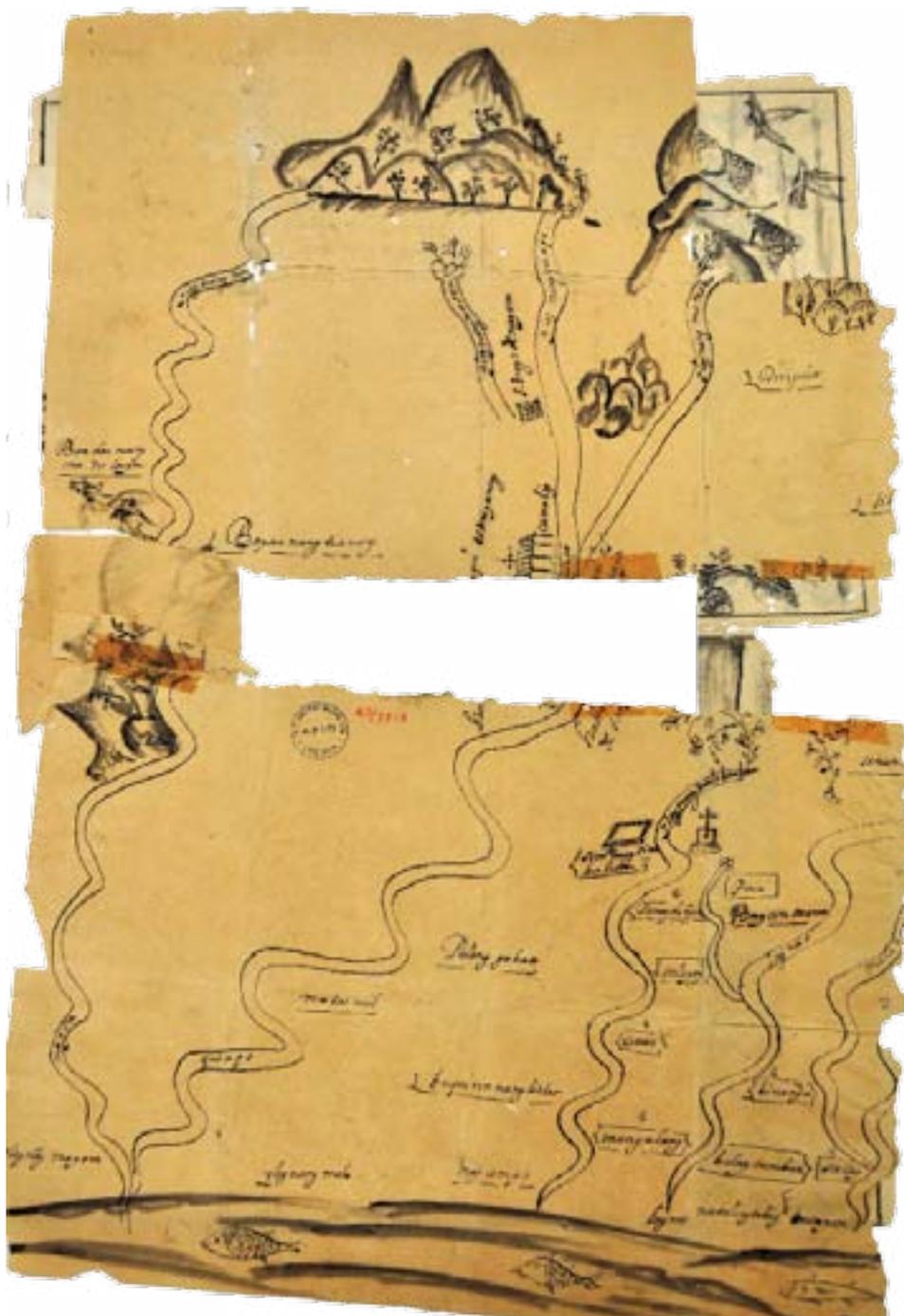


Figura 1. AFIO 93/52-2. Camalig.



Figura 3. AFIO 88/51. Bocaue.

Estos dos mapas demuestran el intenso trabajo que hicieron los frailes en general y los franciscanos en particular para trasladar la lengua nativa, el tagalo, a un texto que además sería manejado fundamentalmente por religiosos españoles, todo ello en una fecha tan temprana como comienzos del siglo XVII, cuando los franciscanos ni siquiera llevaban cincuenta años en las islas y cuando fray Francisco de San Antonio publicaría su *Arte tagalog*.

El 88/51 requiere por su interés un capítulo aparte dentro de este grupo. En el mapa que representa los alrededores de Bocaue (Bulacan), hoy desgraciadamente dividido por la mitad, se pone especial interés por un lado en las características del terreno y por otro en los medios de comunicación y su estado (fig. 3). El pueblo de Bocaue se formó en 1606 separándose de Meycauayan. Teniendo en cuenta que la frontera doctrinal aún estaba muy cerca del pueblo, y que los medios de comunicación apenas se habían desarrollado, es posible que el mapa muestre la situación de mediados del siglo XVII o algunas décadas más tarde.

La mayoría de las parcelas están dedicadas a sembreras, pudiendo verse cómo la población solía aglutinarse en distintas barriadas y, en caso contrario, en las orillas del río. De gran interés es la diferenciación llevada a cabo por el dibujante al distinguir entre vecindad, barrio y pueblo, entre otros que ni siquiera llevan nombre. La vecindad parece ser una agrupación de *bahays* –casa tradicional filipina–, que en muchos casos ni siquiera cuentan con iglesia. De entre estos, quedan nombrados en el mapa las vecindades de Santa María y Taal. A estas podrían añadirse otros asentamientos sin determinar por el autor tales como Santa Cruz, San Isidro y Malinta, entre otros. Los barrios son sin duda los más numerosos, citándose

los de Bagbag, Santa Clara, Toro, Lolombog, Bonglo, Biñan y Bargbarg. El único pueblo es Bocaue –palabra tagala para designar al bambú–, y sobre él se mueve todo el plano, siendo el principio o el fin de muchos de los comentarios realizados. Si se analiza la organización actual de Bocaue, la mayoría de estos asentamientos han pasado a considerarse barangays, término filipino que designa una acumulación de casas familiares unidas generalmente por lazos de parentesco. Los barangays que conservan su nombre más o menos diferente del original son Bambang, Biñang, Turo y Bunlo. Santa María hoy día es un municipio aparte.

La primera reseña del autor es poner de manifiesto el enorme terreno desperdiciado alrededor del pueblo, que debía ampliarse con un cordón de nuevas casas que hicieran aumentar la población y, por tanto, aprovechar la construcción de la iglesia de San Martín Obispo. La construcción, según Huerta, era bastante grande y de buena fábrica, lo que demuestra el interés de la orden en la zona. El propio cronista habla de la existencia de una capilla dedicada a san Pedro de Alcántara en la cercana Taal, que también aparece en el mapa. Aporta que Lolomboy pertenece a los dominicos y que existía una casa del hacendado que con casi toda probabilidad se corresponde con la «casa del hermitaño» de la que habla el mapa. La calzada desde Bocaue hasta Santa María, citada por Huerta y realizada en 1851 por fray Antonio Román y fray José Miralles no está señalada, aunque ya existe un camino que se utilizaba entre estas dos ciudades si la estación lo permitía.

Justo en frente del pueblo de Bocaue, hacia la zona donde los franciscanos parecen desarrollar sus obras de ingeniería, el autor marca la existencia de *ygolot* –que quiere decir hombres de las montañas–, nombre con el que los primeros cronistas designan a los infieles cercanos a los montes de Santo Tomás y que más tarde se ampliaría a cualquier tribu peligrosa de las montañas de Luzón. El uso del término *ygolot* con esa ortografía en vez de *igorrote* –más moderno–, puede ser una demostración más de la antigüedad del documento. La cercanía de los montes señalados en la parte superior del mapa apoya esta hipótesis.

De Bocaue salían varias calzadas. Dos de poca importancia se dirigían respectivamente hacia Taal, Bigan, y una tercera sin finalización marcada por el autor. Según parece, el resto de comunicaciones con el pueblo se realizaban mediante el puente, ya que no queda constancia de calzadas hacia Bambang. Esta construcción debe de ser la que, según Huerta, estaba hecha en piedra y costada por los mestizos del pueblo (Huerta, 1865). Esto creaba un enorme problema, ya que la beligerancia de los indios *igorrotes* suponía un miedo constante para un pueblo con comunicaciones tan vulnerables, mayoritariamente dependientes de un puente. El mapa muestra este miedo y las dificultades sufridas con anterioridad, ya que los franciscanos debieron levantar el *tuley* o tipo de puente filipino que unía Biñan con Bonglo que «se hizo y derribaron» –se entiende los igorrotes–. Una vez pasado el puente de Bocaue a Biñan, y salvado el destruido, se tomaría la calzada «que se pretendía a orilla del río para facilitar a este barrio la asistencia a la iglesia». La destrucción del recién terminado *tuley* obligaba a los residentes en Bonglo a dar un gran rodeo, tomando la calzada de Pilapil que termina en el puente del pueblo en el barrio de Biñan, exponiendo a los fieles a los problemas generados por los *igorrotes* y a las dificultades de pasar cuatro *tuleys* antes del puente.

A esta descripción de territorios, que suele ser una causa habitual para la realización de este tipo de representaciones de territorio, habría que añadir la división de pueblos como ocurre en la escisión entre Cagsaua y Albay mostrada en el 490/123. Tal y como afirma Huerta (1865: 590), Albay comenzaría su separación de la matriz en 1616. En 1696 su administración

pasaría a manos del clero secular, por lo que podría apuntarse al siglo XVII como fecha más probable para la datación de este mapa. La división se llevaría a cabo por medio de la colocación de una serie de cruces, pero era necesario delimitar qué terrenos correspondían a cada uno. Por ello, el mapa define el gran número de fincas que se desarrollan a uno y otro lado, haciendo alusión a sus dueños. Todo esto se trata de un esfuerzo de la orden por contentar las exigencias de Albay, que no aceptaba el trato¹.

A partir de aquí se mostrarán mapas franciscanos realizados en el siglo XVIII. El primero de ellos, el 86/34, muestra el nival de Balete, cuya problemática ha podido ser abordada a partir de los documentos del Archivo de Indias² (fig. 4). El gobernador Pedro Manuel de Arandia Santiesteban determinó arrancar los nipales de Balete, ya que suponía el escondite perfecto para los malhechores de Manila (García de los Arcos, 1996). El problema comenzó con el cabildo catedral, quien poseía la propiedad del citado nival. El papel de la orden franciscana, por tanto, en principio no está claro, y aún menos la presencia del plano en el archivo.



Figura 4. AFIO 86/34. Nival de Balete.

¹ En el mismo mapa, cruzando diagonalmente se cita: «No admiten los de Albay, estas medidas sin más razón que porque no quieren».

² «Expediente sobre nipales de Balete» (1757). Archivo General de Indias (AGI), FILIPINAS, 159, N. 22.; y «Repuesta al cabildo eclesiástico sobre tala de nipales» (1760). AGI, FILIPINAS, 335, L. 17, 134v-137r. «Sobre las tierras y nipales del lugar de Balete» (1756-1760). AGI, FILIPINAS, 1023. También relacionado con el tema «Consulta sobre pretensión del asentista Francisco Javier Salgado» (1756). AGI, FILIPINAS, 97, N. 43. En el expediente 1023 se consulta exclusivamente a los jesuitas por llevarse a cabo la misma tala en los nipales de Santa Mónica, a lo que accedió la Compañía. En la medición del nival de Balete se tuvo como referencia San Miguel y nunca los terrenos de los franciscanos, que ni siquiera son nombrados. Los nipales que las clarisas reclamaban en 1648 no parecen tener nada que ver con estos. AGI, FILIPINAS, 86, N. 9. La importancia de los nipales venía dada por la elaboración de su vino, llamado tuba, que sustituía a las remesas que debían ser facilitadas por la Corona.

Quizás el interés de la orden seráfica en el asunto sea la cercanía al nival de tres importantes enclaves franciscanos, la casa de Balete que da nombre al nival –primera iglesia para la administración de la comunidad japonesa–, el convento de Dilao –primer asentamiento de la Orden Tercera fuera de Intramuros– y el hospital de San Lázaro, a los que habría que añadir la iglesia de San Miguel –en este momento aún jesuita pero que pasaría a la orden seráfica tras la expulsión de estos–. De hecho, parece que el mapa lo que quiere demostrar es la pertenencia al hospital de San Lázaro de una parte del nival que sería asolado por las políticas de Arandía³.

Más allá de los desencadenantes que produjeron la realización del mapa, hay que destacar la cantidad de información que facilita de una zona que a pesar de ser cercana a la capital, no cuenta con vistas del siglo xviii. De hecho, las tres fundaciones franciscanas citadas con anterioridad tienen en este documento sus únicas representaciones gráficas conocidas. La iglesia de Balete se construiría en 1616 en piedra bajo la gestión de fray Alonso de San Antonio, para cobijar a la amplia comunidad japonesa que había llegado a Manila tras la expulsión⁴. El hospital de San Lázaro que se observa en el mapa es una de las pocas vistas conocidas del edificio. Lo mismo puede decirse de San Miguel que aún puede observarse en el testero denominado «tripa de gallina» (Huerta, 1865: 62). Dilao es un caso aún más interesante, por la antigüedad del edificio representado. La iglesia fue levantada bajo los auspicios de fray Juan de Garrovillas entre 1599 y 1601, y reformada en 1603 tras los levantamientos de los sangleyes (Huerta, 1865: 55). Esto implica que el mapa muestre uno de los edificios más antiguos de los que se tienen noticias gráficas fuera de Manila –además de la importante información ya mostrada sobre los cercanos–.

Con la misma signatura que el anterior, se ha localizado un mapa que representa los alrededores de la iglesia de Dilao, así como sus comunicaciones con el antiguo hospital de San Lázaro y con la nueva construcción asistencial. Los franciscanos habían desarrollado además otras construcciones, como un bañadero. En el mapa se diferencian aquellas casas de cantería vinculadas mayoritariamente con la obra de los franciscanos, de la arquitectura nativa representada por los medios convencionales en este momento. La vinculación de las dos vistas se basa en la definición del traslado del hospital de San Lázaro, no solo desde su posición a mediados del siglo xvii, sino probablemente con un segundo traslado ya en el siglo xviii.

El siguiente mapa dieciochesco conservado en el AFIO es el realizado sobre la hacienda de Mayjaligui. El hospital se levantó en piedra y ladrillo, entre 1678 y 1681 (Huerta, 1865: 68). La cercanía a Manila de un edificio pétreo fue aprovechada por las tropas inglesas en 1762, lo que afectaría negativamente a la conservación del edificio. De esta forma, los franciscanos conseguirían, en 1782, que se les cediera la hacienda de Meyhaligue –otra forma por la que se conoce a la hacienda– por Real Cédula de 24 de junio de 1784, a cambio de demoler el antiguo hospital. La hacienda había pertenecido originalmente a la Compañía de Jesús, que fue

³ De hecho se sabe que Juan de Ezquerro donaría al hospital de San Lázaro unas tierras en Balete en 1677. Desgraciadamente no se sabe exactamente dónde se localizaban ni el tamaño que tenían, por lo que es difícil concretar si se trata de las mismas.

⁴ Los cristianos japoneses fueron expulsados entre el año 1614 y 1620, lo que produjo que las comunidades viajaran con los jesuitas a territorios más seguros: fundamentalmente Macao y Filipinas. Esto causó un interesante agente que influyó en el gusto artístico cristiano de estos centros. La mayoría de los japoneses que llegaron tenían un alto nivel económico, lo que debía ir aparejado a sus gustos. Poco después de llegar a Manila se reunieron en San Miguel, donde seguirían siendo administrados por la Compañía.

expulsada poco antes. El desalojo de los jesuitas, que no debió realizarse con toda la exactitud deseable, fomentó la picaresca entre los naturales y el consecuente problema tras la llegada de los franciscanos. Durante el tiempo de la expulsión, los indios debieron de hacerse con una serie de tierras en el centro de la hacienda de Mayjaligui. A la llegada de los frailes franciscanos, se llevó a cabo una investigación de archivo que permitiera desalojarlos y hacer uso de la hacienda de forma completa, cosa que no pudo demostrarse, teniendo que soportar los inconvenientes de partir el terreno con tierras de naturales de Sampaloc y Solocan.

Al este de la hacienda que los franciscanos habían cedido a las clarisas se encontraban pequeños terrenos en discordia. En primer lugar, el tabacal del indio Simón Díaz –con el que parece no haber problema– y el tabacal que el cobrador de Santa Clara afirmó era suyo –propuesta que no debió gustar a la Provincia–. Tras estos, la huerta de Alonso de la Cruz, la de Juan Roque natural de Solocan, la del indio Faustino –todas estas en principio sin problema– y la del teniente Lucas Jerónimo, que quiso ganar terreno gracias a los mojones de señalización. A todo esto hay que añadir los terrenos pertenecientes a la Santa Mesa de Misericordia y al pueblo de Nactajan. El siguiente mapa que se analizará es el 491/24 (fig. 5), que representa el territorio entre San Fernando de Dilao y San Francisco del Monte. Zona cercana a Manila, tiene como principal interés las anotaciones sobre un mapa probablemente militar, donde se muestran los cambios de la calzada hacia Mariquina y la localización de Malacañang. Muestra el proyecto de calzada en forma de tridente que unía San Sebastián hasta Mariquina, abriéndose dos calzadas más que conectarían con el Santuario de Diliman y con la casa de la hacienda de la Santa Misericordia.



Figura 5. AFIO 491/24. Sampaloc.

A este esquema general, hay que añadir el camino hacia Nactajan y la calzada que une Santa Ana con Mandaloyon y que continúa hasta el santuario de San Juan de la Penitencia, de la orden dominica. Estas calzadas se dan por finalizadas en Huerta, por lo que deben fecharse en la primera mitad del siglo XIX (Huerta, 1865: 57). Si además se interpreta que la aparición de Mandaloyon responde a su separación de Santa Ana, el mapa debe ser posterior a 1841, quedando claro el marco cronológico en el que se mueve.

Volviendo a la calzada de San Sebastián-Mariquina, el mapa plantea una anotación donde se recomienda la realización de un nuevo brazo que uniese la bifurcación hacia la casa de la Santa Misericordia con el Santuario de San Juan de la Penitencia. Habría que realizar un puente, solución más ambiciosa que la planteada en la propia calzada que atravesaría el río por medio de balsas –o quizás por un puente de barcas–. El interés de la orden franciscana en las comunicaciones de la zona se explica fácilmente por la fuerte implantación de los frailes en este territorio cercano a la capital. Asentamientos de enorme población y raigambre franciscana, como Sampaloc, fueron ampliados con la administración de San Miguel, fundación jesuita, tras la expulsión de estos. Esto permitió a la orden seráfica la administración de la población que surtía a la capital.

A todo esto hay que añadir la localización en el mapa de los distintos almacenes de pólvora de la zona. Esto demuestra que el objetivo original de la representación era militar, lo que queda reafirmado además por la gran calidad del mapa. En esta línea hay que añadir que se subrayan las distintas construcciones pétreas, de gran interés para la defensa de la cercana ciudad de Manila. Del almacén de pólvora de San Francisco del Monte se conserva una representación en el Archivo General de Indias⁵. Sobre su situación debe hacerse aún una reflexión. En el mapa se localizan tres almacenes: el citado de San Francisco del Monte, el de San Juan del Monte y el que se encuentra en la otra orilla de Malacañang. Los dos primeros se encuentran en zonas de monte, más exactamente de canteras que surtían la capital de material de construcción. Esta ubicación, además de ser lugares seguros, tenían como principal interés surtir de pólvora a las explotaciones pétreas de la zona. El de Malacañang debe entenderse más bien como un lugar accesible por el Pasig y suficientemente cercano de la capital como para surtirla en caso de necesidad. Una última obra de ingeniería digna de citarse es la construcción del estanque de Santiago de Gaztelu en San Juan del Monte.

Por último, tratar la localización de Malacañang. Actualmente residencia de los presidentes de Filipinas, se tienen noticias documentales desde 1846, cuando ya estaba comprada para el descanso de los gobernadores⁶. Este expediente que muestra las disposiciones adoptadas sobre la recién adquirida casa, encaja perfectamente con la fecha dada al mapa. Con anterioridad a ser residencia de los gobernadores, la casa fue propiedad de Luis Rocha, construyéndose la estructura original en 1802. La anotación por parte de los franciscanos está perfectamente justificada, por la creación de un enclave de semejante importancia en un territorio de su influencia.

El 95/14 representa los alrededores de la ciudad de Calbiga, en la isla de Samar, parte de las Visayas. Los franciscanos se encargaron de la administración de la zona en 1768. Calbiga, como muestra el propio mapa, limita al oeste con Villareal y al este con Paranas. Villareal,

⁵ En este plano de Tomás Sanz puede observarse la misma planta que aparece en el mapa que se trata. «Planos y perfiles de un almacén de pólvora capaz de dos mil quintales, con un cuerpo de guardia para su custodia, que se ha construido extramuros de esta plaza a la margen del río de San Francisco del Monte distante tres cuartos de legua de Manila n.º 9» (1781). MP-FILIPINAS, 115.

⁶ «Conservación de la casa de los gobernadores en Malacañang» (1846-1853). AHN, ULTRAMAR, 5164, EXP. 52.

que está citado en el mapa, fue fundado por los jesuitas con el nombre de Umuuas, pero poco después de pasar a manos franciscanas, quedó absorbido por Calbiga. El nombre se le dio tras su independencia en 1863, lo que claramente data el mapa en fecha posterior (Huerta, 1865: 322). El pueblo de Calbiga se encuentra lejos de la costa, pero la marea alta permitía adentrarse hasta incluso más arriba del asentamiento. En 1840, según Huerta se fundaron dos visitas desde el pueblo de Calbiga, Mojancao –Maháncao en el mapa– y Boluan –no localizado– (Huerta, 1865: 311). Hacia el sur, Huerta dice que el pueblo no tenía límites, porque comenzaban los bosques llenos de infieles. En el mapa, más específico, se muestra que allí comenzaba el término de Baserf –también sin localizar–. Por tanto, de los actuales curenta y un barangays en que se divide Calbiga, aparecen en el mapa de la segunda mitad del siglo xix: San Mauricio, Mahangcao, Calingonan y Pasigay. San Sebastián, Gitaasan, Calampón, Pinabacdao y Ubayan parecen haber cambiado de nombre.

El plano con signatura 92/43 es probablemente uno de los más difíciles de toda la colección. Es un croquis bastante simple de la zona de Camarines, donde solo vienen señalados los pueblos y los ríos. Para datar un plano, así, se ha buscado la fecha de fundación de los distintos pueblos según Huerta así como otros datos que pudieran servir de información para entender el motivo que originó su factura. Es cierto que la presencia franciscana en la zona se desarrolló desde el mismo siglo xvi, con pueblos como Milaor, Bula, Nabua, Naga, Quipayo, Minalabag –estos cuatro últimos fundados por fray Pablo de Jesús– o Canaman, de los que se irían desarrollando visitas y pueblos. Desde Canaman se sabe que se realizaron calzadas a Magarao y Camaligan con dos puentes de piedra que salvarían ríos o valles que no aparecen en el mapa. Las obras, fueron costeadas por los naturales y dirigidas por los frailes, práctica común en las provincias aunque es posible que intervinieran maestrillos –término con el que se conocen a los indios profesionales de la arquitectura en la zona–. Al otro lado del río se encuentra Milaor, que según Huerta tenía calzada con San Fernando y con Minalabag, lo que implica al menos un tuley. De otro antiguo enclave franciscano como es Nabua salían distintas calzadas con sus puentes, uno de ellos de piedra, a los pueblos de Baao, Iriga y Bato.

Continuando hacia Camarines Norte, aparece Maragao, del que ya se ha hablado. A partir de aquí, hay que señalar un grupo de pueblos alrededor de Quipayo, fundación del siglo xvi. En poco tiempo, en 1586, se independizaría Ligmanan, relativamente lejos de su cabecera. De aquí saldría Lupi en 1726 y de este pueblo Sipocot, más cercano a Ligmanan, en 1801 (Huerta, 1865: 201 y 217). Ragay, el último pueblo hacia el norte por esta senda que aparece en el mapa, estaba unido con un camino de herradura de mala calidad con Lupi, quedando incomunicado en estación lluviosa. Volviendo a los pueblos pertenecientes a Quipayo, en 1749 se separó en lo civil Bombon y en lo religioso hubo que esperar hasta 1804 (Huerta, 1865: 218). Según se sigue por esta zona hacia el norte, se encuentra la misión de Tinambac y en medio un pequeño roto en el mapa no permite restablecer los pueblos señalados. Más al norte se encuentra la misión de Siruma, que se separó de Quipayo en 1687, estando comunicada exclusivamente por un camino de herradura que pasaba por Tinambac.

Más al este hay que destacar los alrededores de Lagonoy, fundada probablemente en la primera oleada franciscana en Camarines y cedida al clero secular en 1636. Los franciscanos, en 1687, fundarían más arriba según el curso fluvial, el pueblo de Caramuan. La misión de Tigaon se separaría en 1729 de la de Sangay –fundada desde 1684– (Huerta, 1865: 200 y 204). Del pueblo de San José, que se cita en Huerta, no se tienen más noticias (Huerta, 1865: 206). Volviendo al sur, ya en la provincia de Albay, aparecen en el mapa Polangui y Libon

–en el mapa Libong–. Los pueblos antes citados tenían buenas conexiones con esta zona a través de un camino de herradura que contaba con tres puentes de piedra y uno de madera. De todas formas, el número de asentamientos citados es grande y es imposible abordarlos pormenorizadamente⁷.

Con todo esto, será necesario repasar las fechas de fundación más modernas para intentar fechar el mapa. La misión de Pili aparece en las tablas capitulares a partir de 1819, aunque hay noticias a partir de 1770. Pamplona, que se encuentra cercano a Camaligan y Milaor, no aparece en Huerta, lo que debe entenderse porque no se estableció como parroquia hasta 1885, mucho después de la publicación de este libro. Es probable que el mapa se realizara a finales del siglo xix, aunque la mayoría de las fundaciones sean bien de la primera oleada franciscana a finales del siglo xvi y principios del xvii o bien, como se ha visto, de la de finales del xviii. Desgraciadamente, la importante labor ingenieril de los franciscanos en esta zona no se ve reflejada en el mapa, aunque sí en sus crónicas. Sin duda, este tipo de avances fueron fundamentales para el dominio de un territorio bastante alejado de la capital filipina y a pesar de ello muy hispanizado. Sí es de destacar el grado de asentamiento de los franciscanos en la zona y cómo fueron desarrollando sus visitas en pueblos y las comunicaciones entre ellas de forma ininterrumpida desde el siglo xvi hasta finales del siglo xix.

Una última vista decimonónica localizada en el AFIO es la de Laoang, Samar. La representación, que está catalogada como 95/14, permite aumentar el conocimiento de este tipo de fundaciones localizadas en zonas de alta actividad bélica, lo que provocaría la fortificación de los templos. El dibujo es bastante detallista tanto en aspectos geográficos como en la fábrica del edificio. Es posible que represente ya las reformas emprendidas por fray Sebastián de Almonacid, quien trabajó tanto en varias obras de la ciudad entre 1848 y 1852 (Huerta, 1865; 308-310).

Tercer grupo

A partir de ahora, una vez vistos los mapas territoriales franciscanos, se continuará con las representaciones de volcanes. El más antiguo de todos ellos debe ser el 50/21 (fig. 6), que muestra la erupción del volcán de Taal en 1750⁸. En él se intenta mostrar el desarrollo de los acontecimientos geológicos que rodearon a la erupción. Por ello, se hace un análisis de las emisiones de gases según dos periodos de tiempo. En un primer momento, el volcán de Taal, el que se encuentra en el centro de la isla –en tagalo llamada *polo*–, desprende pocos gases, aunque sí que se crea una isla más en la laguna que evidentemente va ligada a numerosas cortinas de humo.

⁷ También hay que destacar otros enclaves como Baa –que aparece en las tablas capitulares en 1656–, Iriga –que se independiza de Nabua en 1683–, Buhí –que se trasladó a su enclave en 1641 tras hundirse un monte y aparecer una laguna que parece ingenuamente dibujada en el mapa–, o incluso otros de los que no se tienen noticias como Paracao o Burias.

⁸ Los textos que aparecen en el mapa dicen: «Según se ve en la cabecera de Taal en polo nuevo hasta 1750/ Figura que demostró desde las 7 de la mañana hasta la tarde / Figura que demostró desde las 12 de la mañana hasta las 5 de la tarde / Día Lunes 11 de agosto de este año de 1749 desde las tres de la tarde comenzó la exhalación de los volcanes en la forma que se demuestra con horrorosos troníos y terremotos y grande alteración de agua de esta laguna. Desde la una y media de la tarde empezó a calentarse el agua de que procedió la mortandad de muchísimos peces que hasta hoy se halla apestada toda la laguna. Hasta el presente dura la exhalación del Volcán principal pero con más sosiego aunque continúan algunos temblores. Aun no se tiene noticia de lo que habrá acaecido en los pueblos de Lipa y Sala pues según se percibía desde esta cabecera padeciendo notable daño la gente y las sementeras respecto que en todo el dicho día estuvo el vendaval en su punto destacable Taal y agosto 13 de 1749 / Y en el de Polo nuevo permanece hasta hoy 1.º de julio de 1750. Manuel Magno de Valencia (rúbrica)».



Figura 6. AFIO 94/41 (II). Volcán de Albay (1839).

Lo que se quiere demostrar con esto es el carácter freatomagmático de la erupción, frente a la peleana de 1754 o la freática de 1911⁹. Fue sin duda una de las más destructivas, como se ha estudiado geológicamente ya en Filipinas. Obligó a trasladar la antigua Tanauan, Lipa y Taal, llegando sus efectos devastadores hasta Agoncillo. En 1749, erupción que queda representada en el mapa, fue cuando apareció el cráter donde más adelante se observaría actividad. En el dibujo se advierten dos nombres más a izquierda y derecha: «Suñgay». Se trata del nombre de un monte perteneciente a las montañas que rodean la laguna de Bombon por su parte occidental: a la derecha se encuentra «Macolote», que hace referencia al monte Macolod, monte aislado al oeste de la laguna. Además del interés científico evidente en un mapa tan temprano como este, se realizó con un gran desarrollo del colorido que hace de la pieza una obra de gran interés. Las características artísticas del dibujo, hacen pensar que su intención, además de documentar un hito histórico, era la de mostrar la erupción del volcán de forma más eficiente que con la simple crónica, como después dejarán claro planos que se verán a continuación. Del autor desgraciadamente no se conoce nada.

⁹ Una erupción freatomagmática supone la mezcla del magma con agua superficial o subterránea, en este caso con la de la propia laguna.

El 94/41 muestra el cambio realizado en la zona tras la erupción del volcán Mayón el 1 de febrero de 1814 (fig. 7). La zona del volcán de Albay era de gran influencia franciscana, encontrándose en ella pueblos de la importancia de Daraga. De la zona, los pueblos que no fueron afectados por el volcán y que por tanto continuaron en su lugar original son, al parecer, Mauraro, Rada de Panganiran, y aquellos que enlazan el volcán con la Laguna de Bato: Ligao, Oas, Polangui, Libon, Libog y Bacacay. El antiguo Albay fue sepultado bajo la lava y se trasladó con nuevo nombre a Taytay. En realidad se pasó de un establecimiento a la orilla del río, como debía estar desde antiguo, a uno con mayor altitud, pero cercano al pueblo original.



Figura 7. AFIO 50/21. MAGNO DE VALENCIA, Manuel: Volcán de Taal. (1750).

Esto defendería de futuras erupciones, ya que el antiguo Albay no estaba en las faldas del volcán, sino en el valle que lo rodea. Cagsaua también corrió suerte semejante llamándose Daraga al nuevo emplazamiento. Algo parecido al caso de Albay ocurrió con Cagsaua. Más cercano a la ladera del volcán y también a la orilla del río pasó a una zona más elevada cercana además al nuevo Taytay. La quema de Budias, casi en la falda del volcán, que debía ser un pequeño pueblo dependiente de Cagsaua hizo que se reunificara en el nuevo Daraga. Camalig también sucumbió pasando al nuevo Tondol. Era un pueblo cercano a Budias, en la otra orilla de la ladera del volcán. Probablemente sería uno de los más afectados por lo que el nuevo establecimiento se planteó en lo alto de un promontorio. La población de Guinobatan que perdió sus casas decidió en primera instancia trasladarse a Mauraro y Rada, aunque los mismos indios decidieron poco después volver a su lugar de origen. Una decisión que les devolvía a las cercanías del volcán, renunciando a la seguridad dada por la altitud del primer enclave y la proximidad al mar del segundo. Bubulo también quedó arruinado, aunque no se sabe dónde se dirigió su población.

El mapa tardó en realizarse bastantes años, ya que la erupción ocurrió en 1814 y hasta 1839 no está firmado. Esto hace pensar que la reorganización de la zona no fue fácil. Tema de interés es la representación de las iglesias de los distintos pueblos. Es cierto que las representaciones son ingenuas y que no deben sacarse demasiadas conclusiones, pero parece interesante que el modelo que se representa tenga tanto que ver con el modelo general de iglesia que se encuentra en Filipinas. El tipo de torres es el clásico de varios cuerpos octogonales decrecientes. Por otra parte, hay que destacar que de los nuevos emplazamientos creados tras la erupción del volcán, solo Tondol tenía iglesia construida al parecer en piedra en 1839. Daraga y Taytay solo tienen marcas que deben indicar la existencia de algún tipo de construcción en caña y nipa para uso de los frailes. Por último, el mapa da noticias de la creación del pueblo de Panganisán en la costa, habiéndose incluso comenzado las obras de la futura iglesia, pero el asentamiento no prosperó y en la fecha de realización del mapa, el pueblo estaba abandonado.

Por último, debe destacarse el sistema defensivo que se muestra en la costa. Por un lado, se analizarán las torres vigías y, por otro, los puertos. En el mapa aparecen un total de tres torres o faros claramente emparentados con los que pueden encontrarse en la península. Su función, más que defensiva a lo largo de una costa de poco peligro, era la de controlar el flujo hacia los puertos de la zona, de ahí su concentración en una parte exclusivamente¹⁰. Los puertos significativos son los de Marabobon, guardado por el pueblo de Polanguí, el de Marigondon, perteneciente a Ligao, y el de Putiao que no viene asociado a ningún pueblo en particular, pero que debía vincularse con los nuevos pueblos creados tras la erupción. Sorprende en el mapa la casi total inexistencia de vías de comunicación entre los diversos pueblos. La única de importancia es la que une la torre cercana a Panganisán con Guinobatan, pueblo al que pertenecía. El resto de comunicaciones parece ser se realizaban a través del río o caminos de menor importancia. En el mapa solo aparece el de Guinobatan lleno de viandantes, lo que puede ser una forma de indicar el trasiego de la vía, y uno interior sin un fin claro que comienza también cercano a Panganisán.

¹⁰El modelo de torre que aparece representado en este mapa de principios del siglo XIX pueden encontrarse en mapas filipinos de principios de la centuria anterior como puede verse en Acosta, J. L. de (1719), *Valle del Río Cagayán*. AGI, MP-FILIPINAS, 22.

La erupción de 1814, que había sido precedida por otra menor en 1800 y otra en 1766, fue sin duda la más devastadora y, por ello, por la dificultad que suponía para los cronistas relatar la desgracia, los frailes decidieron pintarla. Así al menos justifica Huerta la pintura hoy desconocida, quizás esta misma sea una versión de aquella, realizada en 1816 por el cura párroco de Guinobatan fray Francisco Tubino. La pintura iría como parte de un documento que se enviaría a la capital para describir el desastre. Algo parecido realizó también, según Huerta, el cura de la desaparecida Cagsaua, Francisco Aragonese (Huerta, 1865: 256). Precisamente este es quien realiza el siguiente mapa referente a la erupción del volcán y por tanto este podría considerarse incluso más antiguo que el anterior.

El mapa de Aragonese fue remitido a José de Gardoqui Jaraveitia (1761-1816), nombrado Capitán General de Filipinas en 1813, manteniéndose en el cargo hasta su muerte solo tres años después. Esto fecha claramente el mapa en 1814-1815. Al ser el mismo volcán y la misma erupción que el mapa anterior, el comentario es el mismo. De todas formas, este parece buscar más la exactitud científica que el anterior, que intenta trasladar más artísticamente el sentimiento ante la erupción. Con este mapa se cierra la colección de mapas conservada en el Archivo Franciscano Ibero-Oriental.

III. Conclusiones

Sin duda, un fondo como este ayuda a la comprensión de un territorio poco abordado como es el interior de las islas filipinas. Más allá de la documentación, los mapas aportan una visión general sobre un territorio, los avances en sus comunicaciones, en su población, en la dedicación agropecuaria de sus terrenos, del grado de adoctrinamiento llevado a cabo por unas y otras órdenes. Todo esto supone una información irremplazable y básica para la comprensión de muchos textos generalmente utilizados, como el de Huerta (1865). Además, puede observarse una evolución técnica y de objetivos en la factura de los mapas, lo que es perfectamente asimilable al discurrir histórico de la orden seráfica en particular y de la presencia española en general en Filipinas. Los elementos más técnicos de los mapas se van imponiendo en Filipinas con la misma evolución que puede verse en el virreinato mexicano. El interés de la orden en controlar sus asentamientos más alejados a base de representaciones no carentes de calidad artística, muestra la importancia de estos mapas en los planes franciscanos.

En general, puede observarse un primer interés por localizar y rodear las tribus de infieles (88/51) y, más adelante, por controlar completamente el territorio (86/34). En el siglo xviii, la erupción del Mayón se convirtió en un problema científico para evitar futuros desastres de semejante magnitud; en el siglo xix, la erupción del Albay pasa a ser un problema social, teniendo como solución la relocalización de los asentamientos. Desde los primeros e ingenuos croquis (93/52 y 53) se pasa por distintas fases, donde van incorporando rosetas, pitipiés y otros elementos técnicos, hasta llegar a planos como el 94/41, donde ya se han asimilado muchos de los adelantos decimonónicos. Es posible que algunos de estos elementos sean fruto de la necesidad particular y puntual, pero su correspondencia con casos americanos hace ver una evolución que poco a poco llegaba al archipiélago. Afortunadamente, a pesar de no conservarse todos los que debieron existir, a partir de ahora están de nuevo a disposición de la comunidad investigadora, que seguro sabrá sacar aún más provecho de unos documentos de la calidad de los que se presentan¹¹.

¹¹ Quisiera agradecer al actual archivero del AFIO, Cayetano Sánchez Fuertes, su generosidad a la hora de facilitar el acceso a los fondos de tan sugerente colección. Sin su paciencia y sus consejos esta labor de investigación sería mucho más difícil.

Bibliografía

- AA. VV. (1992): *Los franciscanos y el Nuevo Mundo*. Guadalquivir, La Rábida.
- CRUIKSHANK, B. (2003): *Spanish Franciscans in the Colonial Philippines, 1578-1898. Catalogs and Analysis for a History of Filipinos in Franciscan Parishes*. 5 volúmenes. Cornhusker Press, Hastings-Nebraska.
- CUESTA DOMINGO, M.: (1993) «Descubrimientos geográficos durante el siglo XVIII. Acción franciscana en la ampliación de fronteras». En *Actas del IV Congreso Internacional sobre los Franciscanos en el Nuevo Mundo*. Madrid: Deimos.
- (1997) «Imagen cartográfica de Filipinas y su entorno: testimonio toponímico». En *El lejano Oriente Español: Filipinas (siglo XIX)*. Actas VII Jornadas Nacionales de Historia Militar. Cátedra General Castaños, Sevilla.
- DIEGO, E. de (2006): «Dibujando mapas / Recorriendo mapas / Tachando mapas. Algunas subversiones cartográficas y otros disturbios en la geografía colonial de Occidente». En XVI Congreso Nacional de Historia del Arte. CEHA, Las Palmas de Gran Canaria.
- ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, M.^a D.; FRADERA BARCELÓ, J. M. y ÁLVAREZ, L. A. (2001): *Imperios y naciones en el Pacífico*. CSIC, Madrid.
- GALENDE, P. G. (2008): *Philippine Church Façades*. San Agustín Museum, Manila.
- HUERTA, F. de (1865): *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la Santa y Apostólica Provincia de S. Gregorio Magno, de Religiosos Menores Descalzos de la... N.S.P.S. Francisco, en las Islas Filipinas*. Imp. de M. Sánchez y C.^a, Binondo.
- JIMÉNEZ, A. (2006): *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*. Tébar, Madrid.
- LUQUE GARCÍA, F. R. (1997): «Presentación de mapas franciscanos andaluces». En *El franciscanismo en Andalucía. Conferencias del III Curso de Verano San Francisco en la cultura y en la historia del arte andaluz*. Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba.
- MORALES MARTÍNEZ, Alfredo J. (coord.) (2003-2004): *Filipinas: De Legazpi a Malaspina*. Lunwerg-SEACEX, San Sebastián-Manila.
- PAZ GUILLÉN, J. (1883): *A través del Gran Chaco. Relación de viage de la expedición militar boliviana en 1883 del departamento de Tarija á la capital del Paraguay, explorando el río Pilcomayo*.
- SERRERA CONTRERAS, R. M.^a (1984): *Cartografía histórica de la Nueva Galicia*. Universidad de Guadalajara, México.